

---

## LIBRO SEXTO.

GOBIERNO CONSULAR.

---

### CAPITULO PRIMERO.

CONSTITUCION DEL AÑO VIII.

(1800)

La constitucion del año VIII cerró el siglo décimo-octavo, y Bonaparte entró á reinar. La obra de nuestra organizacion social se completó con un consejo de estado bajo la presidencia del primer cónsul, quien, por una innovacion inesperada, puso su nombre á la cabeza de las actas del gobierno. Este consejo, tanto mas adicto á Bonaparte, cuanto á él solo tocaba revocarle, formaba una excepcion en el órden político y preparaba otros tiempos. Se buscaria en vano en la carta consular los títulos primitivos de la libertad francesa, los derechos del hombre, las asambleas primarias,

la independencia de la tribuna y la de la imprenta. Esta carta fue aceptada conforme habia sido propuesta. Bonaparte otorgó este pacto social en nombre de la República una é indivisible, mientras que estaba todavía sujeto á los votos de la nacion; pero el primer cónsul tuvo la dicha de tener que entenderse con un pueblo tan impaciente como su gefe. Esta disposicion natural de los Franceses fue el grande auxiliar con el cual habia contado á su vuelta de Egipto, y que empleó con tanta destreza durante quince años.

El primer cónsul hallándose con la iniciativa de las leyes y encargado de su ejecucion, asi como de la direccion de toda la administracion interior, del derecho de hacer la paz y la guerra, en una palabra, de todas las atribuciones de la suprema autoridad, heredó en un solo dia á la monarquía y á la República. Una y otra sirvieron de base á su gobierno. Dispuso de las cosas como de los hombres. Dió al senado el palacio del Luxembourg, el palacio real al tribunato, y el palacio Borbon al cuerpó legislativo. El palacio de los reyes sirvió para los cónsules. Una brillante ceremonia, en que se desplegó todo el lujo de la so-

beranía militar, se celebró el dia en que se trasladaron del Luxembourg en donde habian residido hasta entonces, á las Tullerias. En pocos dias se pasó con rapidez de la familiaridad de las sociedades repúblicas del Directorio á la etiqueta de las reuniones del palacio de las Tullerias. Hubo corte en el palacio del primer cónsul. El noble título de ciudadano desapareció de las conversaciones y los trages sin ceremonia fueron desterrados. Cada uno representaba el papel de aprendiz, tanto el amo como los cortesanos. Jamas se vió metamorfosis mas completa. Se acabó con tanta mas rapidez, cuanto las formas exteriores concordaban con las costumbres de la nacion, y sobre todo con las de la capital. Con todo se leía encima de la puerta del palacio consular: «*Libertad, Igualdad, Fraternidad. República francesa una é indivisible:*» y sobre uno de los cuerpos de guardia del Carrousel, antiguamente el de guardias suizas: «*El 10 de agosto de 1792, el poder real fue » derribado y nunca volverá á levantarse.*» Tal era el espíritu de aquella época, tan curiosa de observar; el poder se parecia á la igualdad y la obediencia á la libertad.

Al instalarse en la mansion de los monarcas , Bonaparte volvió á poner la monarquía sobre la escena, y acaso entonces su secreto pareció tan bien guardado porque era el secreto de todo el mundo. Así es que al aspecto de esta pompa y de estas costumbres, renovadas de la monarquía, la seducción se apoderó de todos los espíritus, cuyas opiniones inclinaban al sistema real. Los unos se apoyaban sobre la mudanza de dinastía en Inglaterra; los otros, todavía republicanos, recordaban las elecciones de Polonia; otros en fin, partidarios de la casa de Borbon, menos numerosos que los primeros y mas que los segundos, vieron un Monck en Bonaparte, y admitieron con ardor sus recuerdos como esperanzas, y sus deseos como realidades. Un gefe del Vendée, M. Dandigné y M. Hyde de Neuville, presentados de noche al primer cónsul, le ofrecieron auxiliarle con todo el partido realista y del Vendée, con tal que restableciese la monarquía. Pero Bonaparte les contestó: « Me olvido del pasado » y abro un campo inmenso al porvenir. Cualquiera que ande derecho hallará protección indistintamente; pero el que se desvie sea á la derecha, sea á la izquierda, mis rayos le

» alcanzarán. Dejad á todos estos Vendeanos que quieren someterse al gobierno nacional » y ponerse bajo mi protección, que sigan la » carrera que se les abre. Un gobierno protegido por los extranjeros nunca será admitido por la nacion francesa. »

Sin embargo, nada escapaba á la penetración y á la incansable actividad del gefe de la nacion. Creaba y dirigia á la vez todos los intereses de la gloria y de la prosperidad de la Francia. La República, reconocida por la Europa continental, estaba en paz con varias potencias; pero entre todas las legitimaciones que el gobierno podia recibir del extranjero, ninguna tenia tanta importancia como la de la Gran Bretaña. El primer cónsul se decidió á acometer la cuestion con franqueza, dirigiéndose personalmente y directamente al rey de Inglaterra. El 26 de enero de 1800 (5 nivose año VIII) escribió á aquel monarca:

« Llamado por los votos de la nacion francesa para ocupar la magistratura de la República, creo conveniente, al entrar en funciones, de participarlo directamente á V. M. » ¿La guerra que desde ocho años asola á las

» cuatro partes del mundo habrá de ser eterna?  
 » ¿No hay medio ninguno de entenderse?  
 » ¿Las dos naciones las mas ilustradas de la  
 » Europa , poderosas y fuertes , mucho mas  
 » que es menester para su seguridad y para su  
 » independencia, han de sacrificar á ideas de  
 » vana grandeza, el bien del comercio, la pros-  
 » peridad interior y la felicidad de las familias?  
 » ¿No conocen que la paz es la primera de las  
 » necesidades como es la primera de las glo-  
 » rias ? Estos sentimientos no pueden ser age-  
 » nos del corazon de V. M. que gobierna á  
 » un pueblo libre, y con el solo fin de hacer su  
 » felicidad. V. M. no puede ver en esta comu-  
 » nicacion sino mi deseo sincero de contribuir  
 » eficazmente, unasegunda vez, á una pacifica-  
 » cion general, dando un paso tan repentino,  
 » inspirado por la confianza y sin atender á  
 » las formalidades, necesarias acaso para dis-  
 » frazar la dependencia de los Estados débiles,  
 » pero que en los Estados fuertes ocultan el de-  
 » seo de engañar. La Francia y la Inglaterra  
 » con abusar de sus fuerzas , pueden aun por  
 » mucho tiempo, y desgraciadamente para los  
 » pueblos, seguir haciendo esfuerzos; pero, me  
 » atrevo á decirlo , la suerte de todas las na-

» ciones civilizadas depende del fin de una  
 » guerra que abraza al mundo entero. »

El ministro Pitt cortó la negociacion, pro-  
 nunciando una sentencia que no fue ejecu-  
 tada sino doce años despues de la muerte de  
 su autor ; declaró que *la Inglaterra no podria*  
*firmar la paz, como la Francia no volviese á*  
*estrecharse en sus antiguos límites.* No se po-  
 dia ultrajar de un modo mas fuerte á la na-  
 cion francesa, único árbitro de las leyes de  
 su política. Rechazar así publicamente, en el  
 parlamento de Inglaterra, la leal y generosa  
 propuesta de Bonaparte el victorioso, era im-  
 poner un yugo insoportable á la gloriosa Re-  
 pública, que hacia temblar á la Europa.

« *Nunca paz con la Francia,* » habia dicho  
 lord Chatam. « *En ningun caso,* repetia su  
 hijo, hablando de Bonaparte, *no trateis con*  
*ese hombre.* » Caton tambien decia cada dia  
 al senado: « *Es preciso destruir á Cartago,* » y  
 Cartago por fin sucumbió. En vano Fox y She-  
 ridan, gefes de la oposicion, sostuvieron con  
 todo su talento y toda su energía la causa  
 de la humanidad. Lord Grenville dirigió á  
 M. de Talleyrand una respuesta evasiva, ó  
 por mejor decir, una verdadera declaracion

de guerra. Entonces Bonaparte perdió toda esperanza de paz, y se vió obligado á dar una nueva actividad á la lucha británica. La Francia, á quien la Inglaterra quiso poner fuera de la ley de la Europa, se levantó llena de indignacion para combatir á la coaliccion pagada por el gabinete de Londres. El Austria tampoco quiso aceptar la paz, y la Baviera, aunque de mal grado, tuvo que seguir por fuerza el partido de sus antiguos dominadores.

Entretanto, los habitantes de Paris tuvieron la satisfaccion de ver volver á los desterrados del 18 fructidor, y se aturdieron de la llegada de dos princesas de la casa de Borbon. Los sacerdotes detenidos en Oleron se restituyeron á sus familias; se dieron socorros á los colonos de Santo Domingo. El régimen de las cárceles tuvo otra organizacion. La estatua del bienhechor de los huérfanos, San Vicente de Paula, fue colocada en el hospicio de la Maternidad; el antiguo arzobispo de Paris, Juigné, anciano octogenario, volvió á su diócesis; unas exequias solemnes honraron las cenizas de Pio VI, muerto en 29 de agosto de 1799 en Valencia, bajo el gobierno directorial.

El primer cónsul favoreció la eleccion del obispo de Imola, á quien habia conocido durante la campaña de Italia, y que subió por su proteccion á la cátedra de San Pedro, el 9 de marzo de 1800. Entonces se formó un empeño recíproco para un porvenir desconocido entre el guerrero y el pontífice. El banco de Francia, monumento de una alta concepcion de economía política, fue establecido y sirvió de garantía á la fortuna pública y particular. Dos puentes nuevos hermosearon á Paris, el uno llamado de la *Ciudad*, y el otro que recibió mas tarde de la victoria el nombre de Austerlitz. Bonaparte tambien se acordó de la emigracion, que todavía tenia que recurrir á la hospitalidad extranjera. De los ochenta mil emigrados que se hallaban fuera de la Francia, unos mil solamente quedaron sentados en la lista fatal, por su adhesion conocida á la casa de Borbon, los demas fueron borrados sucesivamente y pudieron volver á su patria. Vinieron á alistarse en el nuevo sistema, y luego las tablas de proscripcion dejaron de existir. La guerra del Vendée habia vuelto á encenderse en los últimos tiempos del Directorio; se acabó en un mes con la muerte de algunos

gefes, por la sumision voluntaria de MM. D'Au-  
tichamp, Chatillon y del famoso Jorge Ca-  
doudal, y con la conquista que hizo el primer  
cónsul de los hombres de mas influjo en el pais,  
que eran el abate Bernier, cura de San Lo de  
Angers, y M. de Bourmont, que cedieron á las  
promesas de Fouché. Una amnistía general con-  
firmó los felices efectos de la conducta á la vez  
firme, activa y prudente de los generales Hedou-  
ville y Brune, encargados de ejecutar el plan de  
pacificacion concebido por Bonaparte. El ór-  
den judicial y administrativo, envilecido por las  
violencias revolucionarias, llamó la atencion  
del primer cónsul. Una ley volvió á organizar  
los tribunales. Cada departamento tuvo su tri-  
bunal criminal y el territorio de la República  
fue dividido en veinte y nueve cortes de  
apelacion. La corte suprema de Casacion se  
reformó; la magistratura y los empleos de ju-  
dicatura tuvieron estabilidad. Se sustituyeron  
las subprefecturas á los distritos. Se crearon los  
consejos de departamentos y municipales para  
cuidar de los intereses locales, y unos conse-  
jos de prefectura encargados de la parte con-  
tenciosa y de la administracion. Resultó de  
estas generosas instituciones que los nombres

los mas honrados volvieron á aparecer en los  
empleos administrativos y judiciales para pro-  
teger eficazmente á los primeros intereses so-  
ciales.

En medio de todas estas creaciones interio-  
res inspiradas por la mas alta y la mas pater-  
nal sabiduría, una negociacion importante  
ocupaba al gefe del Estado. Las relaciones de  
las repúblicas francesa y americana, tan natu-  
rales y tan útiles á las dos naciones, habian  
sido desdeñadas y rechazadas por el Directo-  
rio, que cometió la falta de hacer caer el  
golpe de estado del 18 fructidor sobre el co-  
mercio, cerrando orgullosamente los puertos  
de Francia á los buques neutrales. El primer  
cónsul no podia desentenderse de una injusti-  
cia y de una calamidad de esta clase: volvió á  
abrir los puertos y entabló negociaciones con  
el congreso americano que envió plenipoten-  
ciarios á Paris. Al mismo tiempo, Bonaparte  
mandó celebrar con un luto público el ani-  
versario de la muerte del fundador de la li-  
bertad americana, y para honrar todavía mas  
á Washington, el fundador de la regeneracion  
francesa, por una feliz y hábil combinacion,  
hizo que se celebrasen á la vez la ceremonia

fúnebre de Washington y la presentación de las banderas de Egipto en el templo de Marte (iglesia de los Inválidos). El vencedor de Aboukir depositaba sus laureles sobre el túmulo del vencedor de la Inglaterra, y hacia partícipe de su gloria al gran ciudadano que triunfó del despotismo libertando á su patria. El panegírico político de Washington fue confiado á Fontanes, muy capaz de comprender y de expresar todo el pensamiento de Bonaparte. El general Lannes pronunció el discurso guerrero en esta circunstancia memorable: « Potencias coligadas! exclamó el general, si » os atrevieseis á violar el territorio, el que nos » fue restituido por la batalla de Aboukir, no » tiene sin llamar á la nacion; vuestros sucesos » os serán mas funestos que las desgracias! » Berthier, ministro de la guerra, contestó al orador, y explicó este lenguaje amenazador: « Al momento, dijo, de volver á empuñar las » armas protectoras de nuestra independencia, » si el ciego furor de los reyes se niega á dar » al mundo la paz que ofrecemos, echemos un » laurel sobre las cenizas del héroe que libertó » á la América del yugo de los enemigos los » mas implacables de nuestra libertad. Su som-

» bra ilustre nos muestra, mas allá del túmulo, » la gloria que acompaña á los libertadores » de la patria! » Fontanes alabó dignamente á Washington, y añadió: « Hay hombres pro- » digiosos que aparecen de cuando en cuando » sobre la escena del mundo con el carácter » de la grandeza y de la dominacion. Una causa » desconocida y superior los envia á tiempo » para fundar ó restaurar los imperios. En » vano estos hombres, señalados de antemano, » buscan el retiro; la mano de la fortuna los » lleva con rapidez de obstáculos en obstácu- » los, de triunfos en triunfos hasta la cumbre » del poder. Una inspiracion sobrenatural » anima todos sus pensamientos; un movi- » miento irresistible dirige todas sus empre- » sas; la muchedumbre los busca todavía en- » tre los hombres y no los encuentra; levanta » los ojos y ve en una esfera resplandeciente » de luz y de gloria, al que parecia un temera- » rio á los ojos de la ignorancia y de la envi- » dia. » Así de esta pompa militar y fúnebre, salieron varios oráculos; el de la paz con el nuevo mundo, el de la guerra con el antiguo y el apoteosis de Washington y de Bonaparte. Esta jornada ofreció un carácter imponente;

exaltó la opinion , y sirvió mucho para asegurar la base de la grandeza que iba á levantar momentáneamente la Francia sobre todas las naciones del globo.

Entretanto , el hombre de los destinos de la Francia, encerrado en la autoridad de una vida enteramente consagrada al trabajo ; quitando las noches al sueño , activo , templado , sóbrio y modesto , se parecia á un Esparciata, dueño del palacio de Jerjes , indiferente al lustre del poder, conservando solamente la fuerza, aplicándola á su propia naturaleza y á la voluntad de su ingenio. Su alma , demasiado grande ya, para ceñirse á los límites de la Francia, se dilataba afuera y presentaba á las meditaciones de la Europa los ensayos de una autoridad desconocida hasta entonces. Así el senado de Hamburgo que procuraba justificarse por haber entregado al gobierno ingles los patriotas irlandeses , entre ellos á Napper Tandy, protegidos por la Francia , se vió emplazado al tribunal de Bonaparte , y recibió esta sentencia fulminante : « Vuestra carta no os justifica. » El valor y las virtudes conservan los Estados ; los vicios los arruinan. Habeis violado » la hospitalidad. Tal cosa no hubiera sucedido

» entre los bárbaros del desierto; vuestros conciudadanos os lo reprocharán eternamente. » Los desgraciados que habeis entregado morirán ilustres ; pero su sangre dañará mas á » sus perseguidores que lo que hubiera podido » hacer un ejército. »

